

VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2004.

Redefinición espacial y tecnologías de la información .Consecuencias culturales.

Edgardo A. Riera.

Cita:

Edgardo A. Riera (2004). *Redefinición espacial y tecnologías de la información .Consecuencias culturales. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/742>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

REDEFINICIÓN ESPACIAL Y TECNOLOGÍAS DE LA INFORMACIÓN

.CONSECUENCIAS CULTURALES

Edgardo A. Riera

INTRODUCCIÓN

Las diferentes etapas de reestructuración por las que atraviesa el sistema de producción capitalista traen aparejados sustanciales cambios en lo que a definición y percepción del espacio se refiere. La presente monografía tiene por objeto realizar una aproximación al fenómeno de redefinición y resignificación del espacio a que asistimos en el marco de la actual etapa de desarrollo del capitalismo signada por el paradigma de la tecnología de la información¹.

Las relaciones sociales que definen el *modo* de producción determinan la apropiación y uso del excedente de la producción; así, durante el siglo XX se asistió a dos maneras diferentes de apropiación del mismo: el *estatismo*, en el que el control del excedente se encuentra por fuera de la esfera económica, en manos de quienes ostentan el poder del Estado, y el *capitalismo*, en el que la separación entre los productores y los medios de producción, la conversión del trabajo en mercancía y la propiedad privada de los medios de producción establecían las bases del control del capital.

Pero la cantidad de excedente estará determinada por la *productividad* (relación del valor de cada unidad de producto con el valor de cada unidad de insumo), dependiendo los distintos grados de *productividad* de la relación entre mano de obra y materia, como una función del empleo de los medios de producción por la aplicación de la *energía* y el *conocimiento*.

Así, la *productividad* está en íntima ligazón con las relaciones técnicas de producción definiendo los dispositivos tecnológicos o *modos de desarrollo* mediante los cuales el

trabajo actúa sobre la materia. A su vez, cada *modo de desarrollo* posee una dinámica estructuralmente determinada, a cuyo alrededor se organizan los procesos tecnológicos; así, por ejemplo, el *industrialismo* se orienta hacia la maximización del producto.

Para el modo de desarrollo *informacional*, la dinámica de la productividad estriba en la tecnología que posibilita la producción y búsqueda de conocimiento, el procesamiento de la información y la comunicación de símbolos, características estas que si bien son compartidas con otros modos de desarrollo para los cuales son un factor imprescindible, en el marco del informacionalismo se configuran como la función central de la producción tecnológica. Al decir de Castells: *El procesamiento de la información se centra en la superación de la tecnología de este procesamiento como fuente de productividad, en un círculo de interacción de las fuentes del conocimiento de la tecnología y la aplicación de ésta para mejorar la generación de conocimiento y el procesamiento de la información: por ello, denomino informacional a este nuevo modo de desarrollo, constituido por el surgimiento de un nuevo paradigma tecnológico basado en la tecnología de la información*².

Los cambios más recientes.

Tras el derrumbe del estatismo soviético, el capitalismo ha sufrido un nuevo proceso de reestructuración potenciado por el desarrollo del informacionalismo que hizo posible una mayor flexibilidad en la gestión: la descentralización e interconexión de las empresas, tanto interna como en su relación con otras contribuye a posibilitar un aumento de poder considerable del capital frente al trabajo, sumado al declive concomitante del movimiento sindical que trae aparejadas una individualización y diversificación crecientes en las relaciones de trabajo³.

Esta particularidad del “informacionalismo” condiciona la conformación de una nueva estructura social que se manifiesta de manera heterogénea según la diversidad cultural de las distintas sociedades. Los cambios que esto implica acarrearán importantes consecuencias humanas ya que impactan de manera directa sobre la percepción a través de la alteración de conceptos constitutivos de lo simbólico tales como “tiempo”, “distancia”, “local”, “global”, “traslado”, “pertenencia”, generándose inevitablemente un proceso de crisis de las identidades culturales. Se hace imprescindible para abordar esta problemática, pues, tener presente conceptos tales como “*compresión tiempo-espacio*” y “*movilidad*” entendida en términos de libertad de movimientos y devenida como valor socialmente codiciado⁴. La “*velocidad*”, como producto inmediato de la tecnología de la información pasa a convertirse en una condición de posibilidad “*sine qua non*” para la conformación de la nueva estructura socio-político-económica global, y en un factor determinante a la hora de definir las fronteras entre la exclusión y la inclusión en la misma.

Será entonces nuestro objetivo reflexionar acerca de las consecuencias sociales que la resignificación del espacio a manos de la tecnología de la información trae aparejadas

PARTICULARIDADES DEL INFORMACIONALISMO

Siguiendo a *Manuel Castells*, sostenemos que la tecnología no determina la sociedad, como así tampoco la sociedad dicta el curso del cambio tecnológico, sino que más bien se constituye un complejo modelo de interacción entre ambas. De esta manera, al denominar “informacional” a una sociedad, aludimos a su forma específica de organización social en la que *la generación, el procesamiento y la transmisión de la información se convierten en las fuentes fundamentales de la productividad y el poder, debido a las nuevas condiciones tecnológicas que surgen en este periodo histórico*⁵,

siendo característica de éstas la aplicación del conocimiento e información resultantes a la generación de nuevo conocimiento y dispositivos de procesamiento y distribución de la información.

La generación de este tipo de sociedades supuso una transformación sustantiva de nuestra “cultura material”⁶, producto de una serie de rupturas tecnológicas en lo que a procesos productivos de mercancías y servicios se refiere.

Ya durante la Segunda Guerra Mundial, y en los años posteriores, se produjeron las mayores innovaciones en tecnología electrónica: la primera computadora programable, y el transistor; aunque el salto decisivo fue recién hacia los años 70, con la llegada del microprocesador que permitió la microcomputadora.

La posibilidad de agregar memoria y capacidad de procesamiento por la factibilidad de integrar la computadora a una red electrónica que posibilita la generación, acumulación, recuperación, procesamiento y distribución de información en un circuito de retroalimentación acumulativa, significó un cambio sustantivo en lo que a interacciones sociales u organizacionales se refiere: en el caso de las telecomunicaciones, por ejemplo, y por medio de la combinación de tecnologías nodales y tecnologías de transmisión se crearon las condiciones para el desarrollo del proceso de integración global de los mercados financieros.

En este punto, vale la pena resaltar un rasgo distintivo e inédito de las tecnologías de la información cual es la posibilidad que brindan de ser apropiadas y redefinidas por sus usuarios dado que *no son simples herramientas para ser aplicadas, sino que son procesos para ser desarrollados*⁷, pudiendo, de esta manera los usuarios asirse del control de dicha tecnología, lo que la configura como un tipo de tecnología potencialmente democratizadora.

Pero paradójicamente, las condiciones actuales de acceso a las mismas nos muestran una real limitación desde lo cultural, lo educativo y lo económico, que hace que en realidad el impacto cultural más importantes de las mismas sea el reforzamiento de las redes sociales culturalmente dominantes (gerenciales y profesionales) que viven simbólicamente en un marco de referencia global -a diferencia de la mayoría de las personas, cuyo anclaje cultural se circunscribe a lo local- imponiendo a estas tecnologías su impronta simbólica a la que tendrán que adaptarse quienes hagan uso de ellas en lo sucesivo⁸.

Consecuencias espaciales.

En contraste con las anteriores revoluciones tecnológicas que ocurrían en algunas pocas sociedades, difundiéndose en sus áreas geográficas de influencia, aislando aun más tanto espacial como temporalmente a las regiones del planeta excluidas, las tecnologías de la información se expandieron por todo el mundo a un ritmo inusitado; no obstante, esto no significa que el acceso a dicha tecnología sea homogéneo.

Por el contrario, la desigualdad en el acceso a las mismas tanto de países como de personas ponen de manifiesto la heterogénea distribución geográfica de la exclusión social que, dando por tierra con la tradicional localización “norte-sur” en términos de desarrollo-subdesarrollo, hacen, por ejemplo, que tanto en las regiones pobres del Asia como ahora en algunas ciudades del interior de los Estados Unidos no sea posible el acceso a las mismas, con la consecuente “desconexión” y virtual aislamiento del mundo globalizado.

Inversamente, para los sectores dominantes distribuidos espacialmente también de manera heterogénea, las distancias y el tiempo real no cuentan, ya que se hallan conectados gracias al nuevo sistema tecnológico a través del ciberespacio, que les permite cumplir sus funciones prescindiendo de los condicionamientos espaciales.

Efectivamente, el espacio (y el tiempo) adquiere una nueva significación y es redefinido según el grado de posesión de estas tecnologías, lo que implica ni más ni menos que la inclusión o exclusión del “mundo globalizado”. La integración no es gratuita e implica severos costos tanto para los estados nacionales que deben redefinir sus funciones para convertirse en un factor clave en el proceso de expansión del capital transnacional, como así también a los individuos para quienes la condición de extranjería adquiere dimensiones inéditas que cuestionan las nociones tradicionales, y afecta de manera especial tanto a los “globalizados” como a los “excluidos”.

Pero como decíamos al comienzo, la concepción y percepción del espacio sufrió modificaciones históricas al compás del devenir y de los cambios en las relaciones sociales; una breve apreciación de las mismas nos será útil para apreciar la magnitud del impacto cultural que las tecnologías de la información representan.

EL ESPACIO EN LA MODERNIDAD

La configuración pre-moderna del espacio difería radicalmente de la que se constituirá en la Modernidad ya que se caracterizaba fundamentalmente por su complejidad, consecuencia de la sucesión de las interacciones sociales que sedimentaban marcas simbólicas que irían configurando la disposición del espacio. Esto dificultaba la posibilidad de un conocimiento completo y exhaustivo del mismo, y su percepción requería de la plena utilización de todos los sentidos corporales.

Ejemplo paradigmático es, por cierto, la ciudad pre-moderna, laberíntica, que se iba configurando de acuerdo al devenir de las diversas relaciones sociales, es decir, plétórica de significación -en algunos casos compartida y en otros no-, lo que obligaba al transeúnte a recurrir a la memoria, propia o colectiva, y a todos sus sentidos para dar cuenta exacta del lugar en el que se encontraba, o para desentrañar la trama de

significación que emergía ante sí. Para el transeúnte -lugareño o extranjero- la ciudad pre-moderna y laberíntica entrañaba una multiplicidad de secretos.

El advenimiento de la Modernidad supone la conceptualización de una espacio-temporalidad y de sus formas de percepción diferentes de las de la Edad Media concibiéndose al espacio como algo vacío, como relaciones extensas entre las cosas que son externas al sujeto.

Georg Simmel, daba cuenta de esto al sostener que “la producción de la distancia” es un acto puramente humano y, como tal, cultural. Un trayecto puede ser realizado indistintamente por un animal o por un ser humano, pero sólo en este último caso se puede hablar de “camino” ya que dicho recorrido está investido de una voluntad de ligazón de dos puntos reconocidos y significados en el espacio, independientemente de la frecuencia con que se recorra⁹; así como sólo para los hombres dos orillas no están simplemente una frente a otra, sino “separadas”, dado que primeramente las han unido en el pensamiento.

La lejanía o proximidad “objetivas” no producen los fenómenos de vecindad o extranjería, sino que éstas son determinadas por las luchas sociales; de esta manera, las formas espaciales adquieren un carácter de formas sociológicas, históricas, constructoras de significado, de sentido, por lo que la forma de aprehender y percibir el espacio está en íntima relación con el significado social.

En este contexto, para *Simmel*, el espacio no es algo meramente físico, anterior a las relaciones sociales sino que, por el contrario, éstas lo configuran imbuyéndolo de un carácter *interpersonal*. La idea de *lugar* refiere a un *espacio significativo*, que es tan extenso como las formas sociológicas que lo habitan. En esta conceptualización moderna de espacio trasunta una profunda concepción kantiana ya que, vaciado de su contenido social, el espacio es una *forma* que en sí misma no produce efecto alguno,

un caos, lo que, *a contrario sensu*, está revelando su condición de ser *una actividad del alma, la manera que tienen los hombres de reunir, en intuiciones unitarias, los efectos sensoriales que en sí no poseen lazo alguno*¹⁰.

Así, las distintas “asociaciones” que conforman los hombres, estrechan con el espacio distintos tipos de vínculos conforme a la naturaleza constitutiva de aquellas: existen asociaciones que no requieren de la exclusividad del espacio para la realización y consecución de sus fines pudiendo convivir en un mismo espacio debido a la diferente naturaleza de su asociación o actividad.

El Estado moderno: control y planificación del espacio.

Contrariamente, el Estado moderno es el tipo de asociación que debido a su carácter territorial, establece por excelencia que una relación fundante de dominación con el espacio al punto de que sólo puede realizar su forma sociológica de creación de asociación entre los individuos, reclamando para sí la absoluta exclusividad del mismo, pasando a controlar así todos los puntos del espacio.

En este sentido, la utilización de los mapas aparece como un intento por tener una perspectiva del espacio en relación a la idea de dominio y de ejercicio del poder. La consecución de las funciones propias del Estado moderno requerirá de una precisión en el conocimiento para el control del espacio sin precedentes en la etapa pre-moderna. La ciudad laberíntica se presenta ahora como el paradigma antagónico en lo que a disposición del espacio se refiere y la reconfiguración de París se presenta sin dudas como un caso paradigmático al respecto.

Si bien se atribuye al Barón *Georges Eugène Haussmann* la autoría de la misma, los grandes lineamientos de la transformación habían sido bosquejados por sus antecesores arquitectos del renacimiento francés (sobre todo en los tocante a los principios de simetría axial y de las perspectivas para los monumentos), y también por

el mismo *Napoleón* con los primeros reglamentos relativos a la línea de edificación en las calles.

La tarea de *Hausmann* consistió en abrir, conectar y extender, crear grandes boulevares y parques, abrir anchas arterias convenientemente niveladas, iluminadas y plantadas, por medio de demoliciones en gran escala, llegando incluso a arrasar con aquellos barrios viejos cuyos laberintos de callejuelas permitían en las revoluciones el levantamiento de barricadas facilitando la dispersión ante la inminencia de la represión, en lo que un biógrafo calificó como “destrucción constructiva”¹¹, lo que le permitió posteriormente, cuando fue elegido miembro de la Academia de Bellas Artes jactarse ante sus amigos de haberlo sido como el “artista de la demolición”¹².

Pero a pesar de esto último, había en *Hausmann* una intención de reestructurar tratando de reacondicionar el patrimonio urbanístico existente de manera que sea funcional al control y a la dinámica de circulación que caracteriza a la ciudad moderna: la “Ile de la Cité”, el viejo corazón de París, por ejemplo, fue mantenido como centro cívico y siempre que fue posible los monumentos y edificios históricos fueron conservados creando espacios libres alrededor de los mismos que posibilitan una vista en perspectiva: tal el caso de la basílica de “Notre Dame”. En última instancia *Hausmann*, que era “más bonapartista que los Bonaparte”¹³, estaba pensando en la capital de un imperio.

Le Corbusier, el precursor de la ciudad informacional.

Charles Edouard Jeanneret (Le Corbusier) comprenderá a principios del siglo XX la magnitud del cambio de la era que se avecina, sus reformas irán mucho más lejos al punto que pretenderá arrasar con la ciudad preexistente concibiendo la planificación total del trazado urbano con una lógica de grilla “a la medida de las necesidades de sus futuros habitantes”.

Situándose en la tradición clásica, para *Le Corbusier* la belleza es un atributo de la utilidad; así explora con gran capacidad de asombro los diversos productos de la sociedad tecnológica: automóviles, aviones, barcos, etc. comprobando que la arquitectura, aferrada a los cánones del siglo XIX estaba totalmente fuera de contexto. La configuración espacial resultante de esta concepción es un espacio homogéneo, en forma de grilla o damero cuya lógica es la racionalización de la vida social y la preeminencia de la circulación, y que ve la luz en noviembre de 1922 cuando presenta su plan de “Une ville contemporaine”, para tres millones de habitantes, que perfeccionará en 1929 con su “Ville redieuse”.

La ciudad de *Le Corbusier* es una ciudad *ya no industrial, sino financiera y de servicios*, con todos los atributos de la tecnología, centro de actividades de la sociedad capitalista, con un particular énfasis en el diseño del hábitat residencial, densificado en su corazón con rascacielos de 60 pisos, con pistas para aerotaxis y los inmuebles villas en la periferia, con jardines suspendidos, aire, luz y elevado confort¹⁴.

El posterior advenimiento de las tecnologías de la información confirmaron las presunciones del urbanista tornándose indispensables para el actual proceso de expansión de la economía global y la incorporación de nuevos mercados que requieren de servicios avanzados para gestionar las condiciones de sus conexiones siempre cambiantes.

EL ESPACIO DE LOS “FLUJOS”

La ciudad como proceso.

Este nuevo rol de la ciudad global redefine radicalmente la relación de las mismas con sus respectivas regiones haciendo que se relacionen de manera más inmediata con

otras ciudades de diferentes regiones o países en donde se concentran las nuevas actividades económicas, antes que con las regiones a las que pertenecen.

Es en este sentido, que *Manuel Castells* sostiene que *La ciudad global no es un lugar, sino un proceso. Un proceso mediante el cual los centros de producción y consumo de servicios avanzados y sus sociedades locales auxiliares se conectan en una red global en virtud de los flujos de información, mientras que a la vez restan importancia a las conexiones con sus entornos territoriales*¹⁵. Dicha red se reproduce en los centros regionales y locales de cada país de manera tal que el conjunto del sistema queda interconectado al sistema global.

En otras palabras, las regiones que rodean a estos nodos y que no se allanen a cumplir una función cada vez más subordinada a esta dinámica, se vuelven irremediamente “disfuncionales”, quedando así excluidas y circunscriptas a su localidad.

Esta interrelación -más allá de la contigüidad física de los grandes polos urbanos- conlleva una separación entre el *significado simbólico*, la *localización de las funciones* y la *apropiación social del espacio* en el área metropolitana que provoca el ascenso de lo que *Castells* denomina las “megaciudades”: nodos de la economía global que concentran las funciones superiores de dirección, producción y gestión en todo el planeta, el control de los medios de comunicación, el poder de la política real, y la capacidad simbólica de crear y difundir mensajes¹⁶. Todo lo cual hace que su importancia no radique sólo en lo referente a su tamaño sino en función de su poder gravitacional hacia las principales regiones del mundo.

Esta nueva forma urbana tiene la peculiar característica de estar conectada globalmente y desconectada localmente tanto física como socialmente. Llegados a este punto, y entendiendo con *Harvey*¹⁷ que las condiciones objetivas de tiempo y espacio se crean necesariamente mediante prácticas y procesos materiales que sirven para

reproducir la vida social, podemos concluir en que estamos ante una ruptura conceptual respecto de la definición de espacio propia de la Modernidad: *el espacio de los flujos de información* que posibilitan la organización material de las prácticas sociales en tiempo compartido¹⁸ en el marco de la economía global.

Dicho espacio de los flujos se componen de tres capas de soportes materiales: la primera, formada por los circuitos de impulsos electrónicos; la segunda capa, constituida por sus nodos y ejes conectados a lugares específicos, que definen la conexión (o el grado de exclusión) de estos últimos a la red. Por último, la tercera capa hace referencia a la organización espacial de las elites gestoras dominantes: si bien el espacio de los flujos no es la única lógica espacial, sin embargo es la lógica espacial dominante porque es la de los intereses-funciones de la elite tecnócrata-financiera-gestora de nuestras sociedades.

Zygmunt Bauman sostiene que la actual fase de desarrollo del capitalismo caracterizada por la transnacionalidad de los capitales financieros y la consiguiente emancipación de los mismos de las fronteras de los Estados nacionales (potenciado a su vez por el actual grado de desarrollo de la tecnología de la información), imponen una radical redefinición del espacio y del tiempo de similar magnitud a la que impuso el pasaje de la etapa pre-moderna a la moderna, y la denomina la “*compresión espacio-temporal*”.

CONSECUENCIAS POLÍTICAS DEL INFORMACIONALISMO

En este marco, el Estado-nación depone atribuciones tradicionales en lo que a regulación y control del espacio físico se refiere en pos de brindar las mejores condiciones de radicación a los capitales transnacionales: esto implica prácticamente la inexistencia de condiciones referidas a obligaciones y/o responsabilidades que les

cabrían a los mismos respecto de las ciudades en las que se radiquen, pudiendo emigrar de manera imprevista si las condiciones se tornan adversas (“¿para qué enfrentar lo que se puede evitar?”¹⁹) y sin responder por los costos sociales, ambientales y económicos que dicha decisión signifique.

Por el contrario, son éstos los que exigen de los Estados el cumplimiento de tres requisitos, a saber: *confiabilidad*, es decir, en qué medida su desempeño y las formas de su organización social y política lo tornan creíble a los ojos de los otros, en qué medida es descifrable, transparente, lo que remite a un aspecto importante cual es la *previsibilidad*, requisito virtualmente indispensable para aspirar a permanecer en la dinámica de la globalización. Por último se les exige *estabilidad* económica y política que posibilite la inversión económica y que facilite los flujos financieros.

*Zygmunt Bauman*²⁰ compara la libertad del capital transnacional con la de los antiguos terratenientes absentistas que vivían a expensas del producto excedente de sus tierras, aunque inmediatamente reconoce que la comparación no es totalmente adecuada ya que éstos de alguna manera seguían atados a la localidad de la que extraían su ganancia que imponía límites prácticos a la posibilidad teórica y legalmente ilimitada de explotación para prevenir la disminución o desaparición futura de los ingresos, a diferencia de la libertad de movilidad absoluta de la que goza el capital móvil de fines de siglo XX.

En este contexto, la deposición de atribuciones del Estado respondiendo al cumplimiento de dichas imposiciones, se traduce en un repliegue de las funciones sociales del mismo (salud, educación, producción, etc.) y de una reasignación de esos recursos y de los destinados a la defensa exterior, hacia las funciones represivas que se traducen en provisión y equipamiento de las fuerzas represivas interiores con la

finalidad de garantizar las condiciones de no conflictividad social demandadas por las imposiciones transnacionales.

Por otra parte, teniendo en cuenta las nuevas condiciones de movilidad del capital y la información, y ante el avasallamiento de las fronteras nacionales producido por la explosión de los medios de comunicación, el Estado *pierde la capacidad de controlar culturalmente* a la población y de generar un imaginario que cohesione en torno a valores referentes a la nacionalidad: al agotarse la sociedad industrial, (sociedad de producción) se agotan sus imaginarios (Estado-Nación) y se imponen los de la sociedad global, que se fundamenta en el “consumo”.

Los medios masivos de comunicación, en especial la televisión, vehiculizaron esta ruptura. Hasta los '80 se puede sostener que predominó la televisión estatal, dirigida por mentalidades burócratas que concebían a la audiencia masiva como básicamente homogénea o susceptible de ser homogeneizada²¹, de aquí la noción de “cultura de masas” dirigida por los gobiernos, en la que subyacía la idea de un receptor pasivo que asimilaba el mensaje tal y como era emitido, omitiendo que el proceso real de comunicación depende de la interacción entre el emisor y el receptor que interpreta y *resignifica* el mensaje.

Esto implica un cambio radical en la conceptualización de los “medios masivos” ya que si los individuos tienen algún nivel de autonomía y los mensajes emitidos en realidad son interpretados y resignificados por sus receptores, entonces la noción de “medios” se circunscribe a un sistema tecnológico y no ya a una forma de “cultura de masas”.

A partir de este cambio conceptual, en los años '90 los mensajes televisivos tienden a diversificar su mensaje orientándolos a una audiencia segmentada y la televisión por cable posibilita la multiplicación de canales específicos dirigidos a los distintos sectores del público. Paralelamente, el desarrollo de tecnologías como la fibra óptica y las

transmisiones satelitales en directo potenciaron la expansión de dichos canales obligando a las autoridades estatales a desregular el uso del espectro radioeléctrico en general (y la televisión en particular) lo que acarreó el retroceso de los Estados en lo que a control sobre el contenido simbólico de las transmisiones televisivas en sus territorios se refiere.

Constituye todo esto una clara manifestación espacial del poder de la elite informacional. Según *Castells* el espacio reviste una importancia fundamental en la forma de dominio de nuestras sociedades que reposan por un lado, en la capacidad organizativa de las elites que proyectan el espacio del poder y la riqueza por todo el mundo a través del espacio de los flujos, y por otro, en la segmentación y desorganización de las masas que, por el contrario localizan su experiencia, su cultura y su historia en lugares específicos.

De esta manera, *cuanto más se basa una organización social en flujos ahistóricos, más se escapa la lógica del poder global del control sociopolítico de las sociedades locales-nacionales con especificidad histórica*²².

Por su parte, *Bauman* identifica a la *movilidad*, a la *libertad de movimientos* como el valor social máspreciado en estas sociedades, y contrariamente, a la *localización*, a la *imposibilidad de trasladarse* de un lugar a otro debiendo permanecer en el lugar de origen, como a uno de los peores castigos hacia quienes no se pueden integrar a la casta de privilegiados globales, ya que ese *lugar* ya no lo es en el sentido de no poseer la cualidad de producir significado, sentido, historia, sino que todo eso ahora se produce en el espacio global, al que muy pocos acceden, pero al que todos contemplan.

CONSECUENCIAS CULTURALES DEL INFORMACIONALISMO

Hacia un nuevo modelo de dominación.

Desde el punto de vista de la dominación simbólica, sostiene *Bauman* que el esquema propio de la modernidad que era posible por el absoluto control del espacio (territorio), el “panóptico”, queda ahora perimido y discute con quienes sostienen la actualización del mismo en la constitución de las “bases de datos” que circulan a través del ciberespacio permitiendo o denegando el acceso al mundo del “consumo”.

El propósito principal del panóptico -dice- era el de inculcar la disciplina que imponía patrones uniformes a los internos, es decir, un arma contra la diferencia, la elección y la variedad²³; por el contrario, la lógica propia de las bases de datos es asegurarse de que los archivos confirmen la “credibilidad” de las personas registradas, su fiabilidad como clientes que eligen, y que aquellos que no pueden elegir sean separados antes de que se produzca el daño y se derrochen recursos: el ser incluido en la base de datos es la primera condición para acceder al crédito y, así, al consumo.

La función del panóptico era asegurarse que nadie pudiera escapar del espacio vigilado, la de la base de datos es que ningún intruso pueda ingresar con información falsa y sin las credenciales adecuadas.

Por otra parte, y en las actuales condiciones de “virtualidad espacial” el panóptico pierde vigencia ya que era en esencia, de aplicación local, la condición y el efecto de la institución panóptica era la inmovilización de sus súbditos.

La dominación simbólica se ejerce ahora, en cambio a través del “Sinóptico”²⁴ propio de la virtualidad exacerbada por el auge de los medios de comunicación de masas: “seduce” a las personas para que se conviertan en observadores, los antiguos vigilados

se convierten ahora en vigilantes, pero aquellos que son observados son rigurosamente seleccionados: pertenecen a las elites institucionales, al mundo del poder, del deporte, de la ciencia, del espectáculo, en definitiva, los “famosos” que ponen en exhibición “el mundo de los famosos”, el mundo de los auténticos globales, aquellos que lograron concretar en sus vidas el mandato esencial de la cultura global: “el consumo”. Los locales, desde su localidad observan a los globales, y desean poder consumir lo que estos consumen.

De esta manera, las elites crean estilos de vida (prácticas deportivas, dietas, combinación de ropas de negocios y de deporte, etc.) que se materializan en formas espaciales con la finalidad de unificar el entorno simbólico en todo el mundo, suplantando las especificidades históricas de cada localidad, dando por resultado un espacio a lo largo de todo el mundo a través de las líneas de unión del espacio de los flujos, y que *Marc Augé* caracteriza como los “no lugares” por oposición al concepto sociológico de lugar asociado a la idea de cultura localizada en el tiempo y en el espacio: *“Los no lugares son tanto las instalaciones necesarias para la circulación acelerada de personas y bienes (vías rápidas, empalmes de ruta, aeropuertos) como los medios de transporte mismos o los grandes centros comerciales, o también los campos de tránsito prolongado donde se estacionan los refugiados del planeta²⁵”*. La resultante de esta cultura internacional es una identidad vinculada a la pertenencia a los círculos gestores de la economía internacional a lo largo de un espectro cultural global.

“Ser o no *consumir*... esa es la cuestión”.

El consumo, como hábito, implica una exaltación del presente por sobre el pasado ya que dichos hábitos se dejan de lado continuamente en busca de una nueva sensación, desconocida hasta ahora, pero que poder saciar, así, la cultura de la sociedad de

consumo se basa fundamentalmente sobre el olvido, que apela a un presente continuo, y no sobre el aprendizaje que requiere tiempo.

Así, el tiempo “no-comprimido”, necesario para el consumo es, también, su principal plaga²⁶, ya que la lógica que impone la compresión espacio-temporal, requiere que la satisfacción del consumidor deba ser instantánea.

Para *Bauman* el consumidor de esta sociedad debe cumplir compulsivamente el mandato: no importa ya qué consumir, lo que urge es el consumo, y se atormenta no por satisfacer sus deseos, sino que son los tormentos de deseos insospechados los que lo aquejan, en última instancia, el objeto de consumo le es indiferente.

Simmel, escribiendo desde otra etapa del desarrollo de las relaciones capitalistas de producción, condensa las características de la sociedad de consumo que en la actual etapa global se ven exacerbadas por las condiciones resultantes del desarrollo de la tecnología al que ya hemos aludido, y lo resume de manera magistral en el siguiente párrafo:

“Con esta fuente fisiológica de la indolencia urbanita se reúne la otra fuente que fluye en la economía monetaria. La esencia de la indolencia es el embotamiento frente a las diferencias de las cosas, no en el sentido de que no sean percibidas, como sucede en el caso del imbécil, sino de modo que la significación y el valor de las diferencias de las cosas y, con ello, las cosas mismas, son sentidas como nulas. Aparecen al indolente en una coloración uniformemente opaca y grisácea, sin presentar ningún valor para ser preferidas frente a otras. Este sentimiento anímico es el fiel reflejo subjetivo de la economía monetaria completamente triunfante. En la medida en que el dinero equilibra uniformemente todas las diversidades de las cosas y expresa todas las diferencias cualitativas entre ellas por medio de diferencias acerca del cuánto, en la medida en que el dinero, con su falta de color e indiferencia, se erige en denominador común de todo

valor, en esta medida, se convierte en el nivelador más pavoroso, socava irremediablemente el núcleo de las cosas, su peculiaridad, su valor específico, su incomparabilidad. Todas nadan con el mismo peso específico en la constantemente móvil corriente del dinero, residen todas en el mismo nivel y sólo se diferencian por el tamaño del trozo que cubren en éste. En algún caso particular, esta coloración, o mejor dicho decoloración, de las cosas por medio de su equivalencia con el dinero, puede ser imperceptiblemente pequeña; pero en la relación que el rico tiene con los objetos adquiribles con dinero, es más, quizá ya el carácter global que el espíritu público otorga ahora en todas partes a estos objetos, se ha acumulado en magnitudes sumamente perceptibles²⁷.

Por último, y volviendo al concepto rector del trabajo de *Baumann* -a nuestro entender- cual es el de “libre movilidad”, éste sostiene que en la sociedad posmoderna, de consumo, la estratificación social pasa por *el grado de movilidad que se posee*: los de arriba pueden distanciarse y alejarse de los de abajo produciéndose un “apartheid à rebours”: los que tienen los medios suficientes abandonan los distritos sucios a los que están atados los que carecen de esos medios²⁸, y en una sociedad en la que se está en permanente movimiento, la diferencia entre “los de arriba” y “los de abajo” la marca el poder optar libremente el destino elegido para dicho viaje, esto es lo que distingue fundamentalmente al *turista* del *vagabundo* en el mundo globalizado.

Ambos son viajeros, pero la significación del viaje para cada uno de ellos es radicalmente distinta.

En un caso, el de los “turistas globalizados”, el destino se elige, el viaje no es más que la concreción de esa reducción del espacio gracias a la velocidad, el tiempo es un continuo presente, el espacio se hace uniforme ya que a cualquier punto del globo hacia donde se dirijan nada les será verdaderamente extraño: las mismas marcas, las

mismas comidas, las mismas cadenas de hoteles, los aeropuertos similares, con las mismas señalizaciones, un idioma universal que posibilita la plena comunicación con cualquier persona del mundo.

En el caso de los “vagabundos”, el destino no es elegido por ellos sino por la necesidad de una migración compulsiva, rara vez es agradable -aunque lleguen a pagar casi el mismo dinero o más para poder realizarlo- y con el peligro de que al llegar a destino, una oficina de migraciones los devuelva a su lugar de origen.

Simmel en su “Digresión sobre el extranjero”²⁹ sostiene que históricamente la figura de “extranjero” se asoció típicamente a la del comerciante, ya que éste era el que traía los productos que no se producían en el lugar o en sus alrededores, por otra parte, el extranjero no era considerado como “propietario territorial”: mientras se le tenía por extranjero no despertaba nunca en los otros esa idea ya que su dedicación al comercio le confería el carácter específico de la movilidad, en lo cual se manifiesta el carácter específico de lo próximo y lo lejano, que constituye el carácter formal de la posición del extranjero. El que por esencia es movable, entra ocasionalmente en contacto con todos los elementos del grupo, pero no se liga orgánicamente a ninguno por la fijeza del parentesco, de la localidad, de la profesión.

Podríamos preguntarnos qué queda de esta caracterización en las actuales condiciones que impone el fenómeno de la globalización.

CONCLUSIÓN

Al comenzar el presente trabajo nos preguntábamos por las consecuencias sociales de la resignificación del espacio como resultado del desarrollo de las tecnologías de la información. Luego de haber analizado los diversos factores que intervienen en esta compleja temática y su interrelación, es innegable que nos hallamos ante un punto de

inflexión en la historia del desarrollo económico y cultural que, en la actual coyuntura, lejos de ofrecernos respuestas certeras a los interrogantes que se nos abren, por el contrario nos genera una gran cantidad de preguntas ante la inminencia de una realidad que se nos presenta de manera paradójica.

Como ya hemos dicho, la tecnología de la información cumple un rol crucial en el proceso de resignificación del espacio ya que *la “distancia”, lejos de ser objetiva, impersonal, física, “establecida”, es un producto social; su magnitud varía en función de la velocidad empleada para superarla (y en una economía monetaria, en función del coste de alcanzar esa velocidad)*³⁰. Desde esta perspectiva podríamos sostener que todos los factores socialmente producidos en lo referido a la constitución, diferenciación y conservación de identidades colectivas materializadas en las fronteras estatales y preservadas por las barreras culturales, parecen meros efectos secundarios de esa velocidad.

La magnitud del desarrollo tecnológico (no solamente en lo que a medios de transporte de información se refiere, sino también a pasajeros y mercancías) ha posibilitado prácticamente la supresión de la distancia (espacio) y del tiempo: en cualquier punto del globo se puede tener permanentemente acceso simultáneo a la misma información, los capitales no necesitan ser trasladados materialmente por medio de camiones blindados sino que viajan a través del ciber-espacio, de una punta a la otra del planeta en fracciones de segundo y sin necesidad de ningún despliegue de seguridad, habiendo logrado el estadio máximo de incorporeidad.

Las consecuencias de este proceso nos ubican ante un nuevo cuadro de situación centrado en una lógica de exclusión, que nos enfrenta a la primera paradoja: si bien las características específicas de este tipo de tecnologías, en lo que a las posibilidades de apropiación se refiere, las configura como un sistema esencialmente democratizador,

paradójicamente, las posibilidades de acceso a las mismas hace que las clases económica y culturalmente dominantes tengan mayor acceso a las mismas imprimiéndole su impronta simbólica anclada en un marco de referencia global, con el consecuente refuerzo de sus respectivas redes sociales.

El *turista*, el *globalizado*, no se siente extraño en ninguna parte del globo, todo le es familiar en todos lados, las distancias ya no existen y el espacio se ha homogeneizado para él.

El *globalizado* no necesita ser considerado “propietario de la tierra”, es más, no le interesa serlo ya que eso implicaría hacerse cargo de su tenencia, y eso, como hemos visto atenta contra la movilidad. Segunda paradoja: para no ser “extranjero” es menester estar en movimiento permanentemente.

Tercera paradoja: en este esquema de situación donde la producción de sentido se da en el espacio globalizado, quien asume en su persona las características de lejano, de extranjero, de extraño, es el localizado, aquel que encadenado a su localidad, no participa de la matriz de producción de sentido, a lo sumo y si tiene acceso, desde el “sinóptico” podrá observar, pero como un extraño...

Por último, respecto del excluido de todo este sistema, del “vagabundo”, rechazado y mal recibido en casi todos los destinos a los que es empujado por el rigor de las circunstancias, es más aplicable la caracterización negativa que *Simmel* hace en la “relación de extranjería”, similar a la relación del griego con el “bárbaro”, es una no-relación, relación de no reconocimiento y de negación en el otro de toda cualidad humana.

“El hombre es el ser fronterizo que no tiene ninguna frontera. El cierre de su ser-en-casa por medio de la puerta significa ciertamente que separa una parcela de la unidad ininterrumpida del ser natural. Pero así como la delimitación informe se torna en una

configuración, así también su delimitabilidad encuentra su sentido y su dignidad por vez primera en aquello que la movilidad de la puerta hace perceptible: en la posibilidad de salirse a cada instante de esta delimitación hacia la libertad”³¹.

Tal vez le quepa a la Sociología un papel no menor en la ardua tarea que permita reencontrar aquella “puerta” que separa lo local de lo global, y que el hombre moderno perdió de vista hace tiempo.

.....

BIBLIOGRAFÍA

- ✓ AUGÉ, Marc: *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*; Gedisa Editorial, Barcelona, Septiembre de 2000. Capítulo 1 “Lo cercano y el afuera”.
- ✓ BAUMAN, Zygmunt: *La Globalización. Consecuencias humanas*. Fondo de Cultura Económica, Sección de Obras de Sociología, San Pablo, Brasil, Mayo de 1999. Capítulos 1- “Tiempo y clase”; 2- “Guerras por el espacio: informe de una carrera”; 4- “Turistas y vagabundos”.
- ✓ CASTELLS, Manuel: *El surgimiento de la sociedad de redes*. Blackwell Publishers, 1996. Prólogo “La red y el yo”; Capítulos: 1- “La revolución de tecnológica de la información”; 5- “La cultura de la virtualidad real: la integración de la comunicación electrónica, el fin de la audiencia masiva y la emergencia de redes interactivas”; 6- “El espacio de los flujos”.
- ✓ MOSES, Robert: “El Plan Haussmann”. Separata, traducción del Arq. Roberto A. Champion.
- ✓ SATO, Alberto: *Ciudad y utopía*. Centro Editor de América Latina, Col. “Los fundamentos de las ciencias del hombre” vol. Nº 12, Buenos Aires, Febrero de 1977. Capítulo: “La ciudad contemporánea de Le Corbusier”.
- ✓ SIMMEL, Georg: “El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura”, Península, 2ª Edición, Barcelona, noviembre de 1998. Capítulo: “*Puente y Puerta*”.

¹ CASTELLS, Manuel: *La era de la información. El surgimiento de la sociedad de redes*. Capítulo 6: “El espacio de los flujos”. Blackwell Publishers, 1996.

² *Ibidem*, Prólogo.

³ *Ibidem*.

⁴ BAUMAN, Zygmunt: *La Globalización. Consecuencias humanas*, Capítulo 1 “Tiempo y clase”. Fondo de Cultura Económica, Sección de Obras de Sociología. San Pablo, Brasil, Mayo de 1999.

⁵ CASTELLS, Manuel: *Op. cit.*, Prólogo.

⁶ CASTELLS, Manuel: *Op. cit.*, Capítulo I, “La revolución de la tecnología de la información”.

⁷ CASTELLS, Manuel: *Ibidem*.

⁸ CASTELLS, Manuel: *Op. cit.*, Cap. VI: “La cultura de la virtualidad real: la integración de la comunicación electrónica, el fin de la audiencia masiva y la emergencia de las redes interactivas”.

⁹ SIMMEL, Georg: *Puente y Puerta*, en Georg Simmel, “El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura”, p. 29 *Península*, 2ª Edición, Barcelona, noviembre de 1998.

¹⁰ SIMMEL, Georg: *Op. cit.*, *Ibidem*, p. 208.

¹¹ Cfr. Robert Moses (autor del sistema unificado de parques del estado y la ciudad de Nueva York): “El Plan Haussmann”, separata, traducción del Arq. Roberto A. Champion.

¹² *Ibidem*.

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ Cfr. SATO, Alberto: *Ciudad y utopía*, “La ciudad contemporánea de Le Corbusier”, p. 89 y sgtes. Centro Editor de América Latina, Col. “Los fundamentos de las ciencias del hombre” vol. Nº 12, Buenos Aires, Febrero de 1977.

¹⁵ CASTELLS, Manuel: *Op. cit.*, Cap. VI.

¹⁶ *Ibidem*.

¹⁷ HARVEY, David: citado por CASTELLS, Manuel, *idem ant.*

¹⁸ CASTELLS, Manuel: *ibidem*.

¹⁹ BAUMAN, Zygmunt: *Op. cit.*, Capítulo 1 “Tiempo y clase”, p. 20.

²⁰ *Ibidem*, p. 16.

²¹ CASTELLS, Manuel: *Op. cit.*, Capítulo 5 “La cultura de la virtualidad real: la integración de la comunicación electrónica, el fin de la audiencia masiva y la emergencia de las redes interactivas”.

²² CASTELLS, Manuel: *Op. cit.*, Capítulo IV.

²³ BAUMAN, Zygmunt: *Op. cit.*, Capítulo 2 “Guerras por el espacio: informe de una carrera”, p. 69.

²⁴ MATHIESEN, Thomas: *The viewer society: Michel Foucault's 'Panopticon' revisited*, en “Theoretical Criminology”, 1997, pp. 215-234, citado por Bauman, Zygmunt, *op. cit.* p. 71.

²⁵ AUGÉ, Marc: *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*; Capítulo 1 “Lo cercano y el afuera”. Gedisa Editorial, Barcelona, Septiembre de 2000.

²⁶ BAUMAN, Zygmunt: *Op. cit.* capítulo 4 “Turistas y vagabundos”, p. 108.

²⁷ SIMMEL, Georg: *Las grandes urbes y la vida del espíritu*, p. 247 (el subrayado es nuestro).

²⁸ BAUMAN, Zygmunt: *Op. cit.* capítulo 4, p. 115.

²⁹ SIMMEL, Georg: *Sociología*, Capítulo IX: “El espacio y la sociedad”, p. 275 (material fotocopiado).

³⁰ BAUMAN, Zygmunt: *Op. Cit.*, p. 21.

³¹ SIMMEL, Georg: *Puente y Puerta*, en Georg Simmel, “El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura”, p. 34.